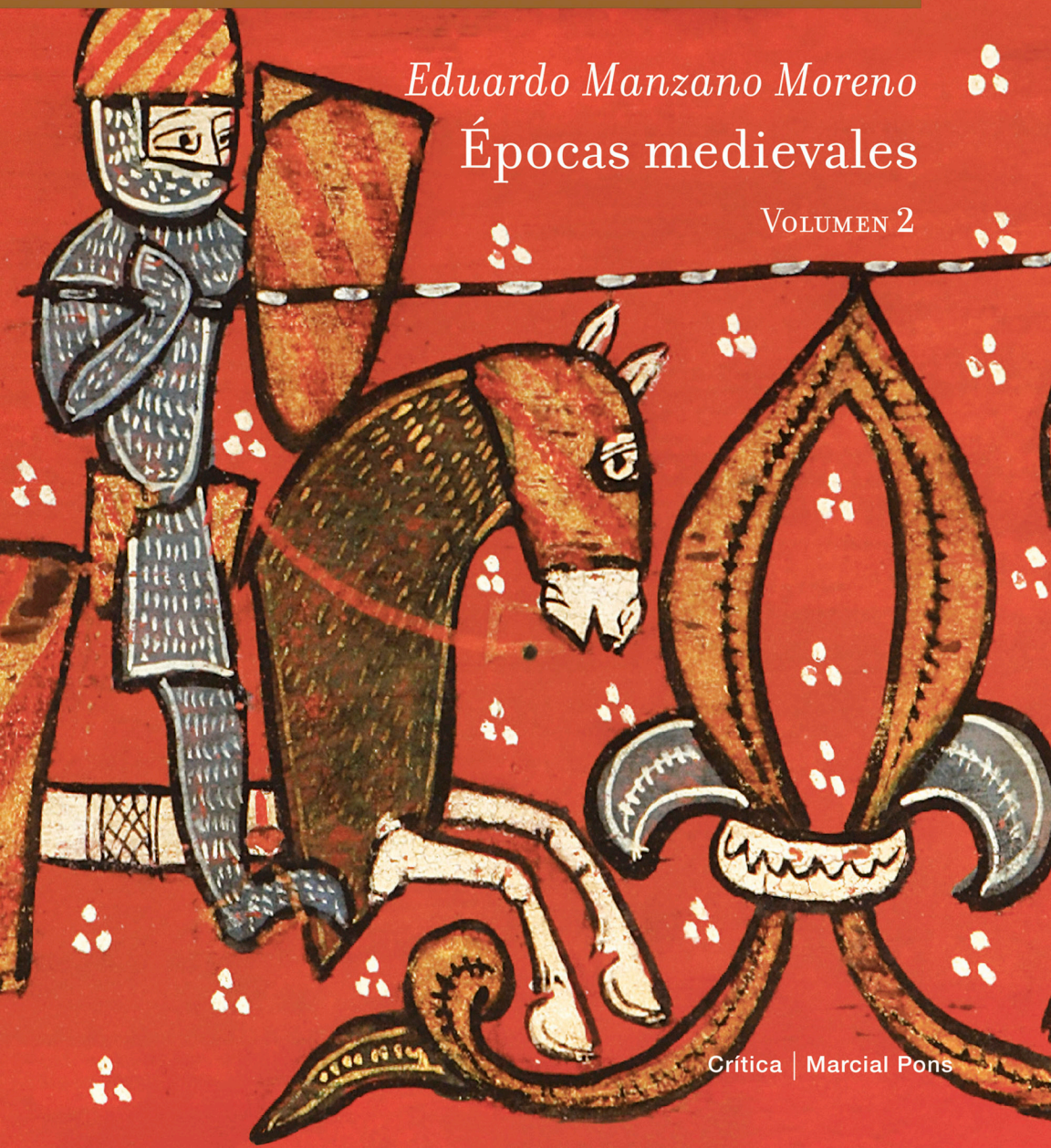
# HISTORIA DE ESPAÑA

JOSEP FONTANA Y RAMÓN VILLARES - *Directores*



*Eduardo Manzano Moreno*

## Épocas medievales

VOLUMEN 2

Crítica | Marcial Pons

# HISTORIA DE ESPAÑA

JOSEP FONTANA Y RAMÓN VILLARES – *Directores*

*Eduardo Manzano Moreno*

## Épocas medievales

VOLUMEN 2

Crítica | Marcial Pons

# HISTORIA DE ESPAÑA

JOSEP FONTANA Y RAMÓN VILLARES – *Directores*

1. Hispania Antigua
   Domingo Plácido
2. Épocas medievales
   Eduardo Manzano Moreno
3. Monarquía e Imperio
   Antonio-Miguel Bernal
4. La crisis de la Monarquía
   Pablo Fernández Albaladejo
5. Reformismo e Ilustración
   Pedro Ruiz Torres
6. La época del liberalismo
   Josep Fontana
7. Restauración y Dictadura
   Ramón Villares y Javier Moreno Luzón
8. República y guerra civil
   Julián Casanova
9. La dictadura de Franco
   Borja de Riquer
10. España en democracia
    Santos Juliá
11. España y Europa
    José Luis García Delgado, Juan Pablo Fusi y José Manuel Sánchez Ron
12. Historia y memoria
    José Álvarez Junco

Primera edición: abril de 2010
Primera edición en esta nueva presentación: febrero de 2015

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal) Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la colección y de la cubierta: Jaime Fernández
Ilustración de la cubierta: Artesonado del siglo XIII, Museo de Mallorca
Frontispicio: Plañideras, sepulcro de Sancho Saiz de Carrillo (Burgos, siglo XIII), Museo Nacional de Arte de Catalunya (MNAC)
Documentación para apéndices: Jaume Claret y Óscar González
Realización Àtona S.L.

© del presente volumen, Eduardo Manzano Moreno, 2010

© Marcial Pons/Editorial Planeta S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-808-2
Depósito legal: B. 69 - 2015
2015. Impreso y encuadernado en España por Book Print

# Índice

*Introducción general*, Josep Fontana y Ramón Villares . . . . . IX
*Prólogo*, Eduardo Manzano Moreno . . . . . XVII

Capítulo 1. El fin de un imperio . . . . . 1
La llegada de los bárbaros . . . . . 1
Pueblos en movimiento . . . . . 16
El establecimiento en *Hispania*, las leyes y los reyes . . . 25
Católicos y arrianos . . . . . 36

Capítulo 2. El reino de Toledo . . . . . 41
Los símbolos del reino . . . . . 41
La sucesión al trono . . . . . 47
*Hispania*, el territorio del reino . . . . . 56
El poder social de la Iglesia . . . . . 68
La formación de una sociedad feudal . . . . . 78
Los últimos años del reino . . . . . 85

Capítulo 3. Conquista y formación de al-Andalus . . . . . 93
Arabización e islamización . . . . . 93
La conquista de *Hispania* . . . . . 99
Las luchas contra los conquistadores . . . . . 107
La revuelta bereber y sus consecuencias . . . . . 113
¿Cuántos fueron los conquistadores? . . . . . 125
La llegada de los Omeyas a al-Andalus . . . . . 129

Capítulo 4. Los tiempos del emirato omeya . . . . . 135
Vida y obras de los emires omeyas . . . . . 135
Los nuevos protagonistas . . . . . 151
Auge y declive de la intervención carolingia . . . . . 158
Los conflictos religiosos . . . . . 170
Revueltas y profecías . . . . . 180
El final de los rebeldes. . . . . 189
Los avances cristianos . . . . . 195

Capítulo 5. La hegemonía de al-Andalus . . . . . 203
Los califas . . . . . 203
El poder califal: Madinat al-Zahrá . . . . . 209
Sociedades en expansión. . . . . 215
Guerras y paces. . . . . 233
Almanzor. . . . . 242
El final del califato de los Omeyas . . . . . 251

Capítulo 6. Los nuevos órdenes políticos . . . . . 261
Reyes y reinos . . . . . 261
1085: los antecedentes . . . . . 290
1085: las consecuencias . . . . . 303
Los hechos de las mujeres . . . . . 312

Capítulo 7. Señores y dependientes . . . . . 325
La sociedad feudal . . . . . 325
La clase feudal: los señores eclesiásticos. . . . . 338
La clase feudal: los señores laicos. . . . . 367
Los campesinos . . . . . 385

Capítulo 8. La gran expansión, la gran contracción.
Los hechos . . . . . 397
Años violentos . . . . . 397

Años de expectativas . . . . . 415
Años decisivos . . . . . 433
Los años del desplome . . . . . 451

Capítulo 9. La gran expansión, la gran contracción.
Los protagonistas . . . . . 463
¿Repoblación o reorganización? . . . . . 463
Los cultivos . . . . . 487
Los ganados . . . . . 494
Los caminos . . . . . 501
Los mercados . . . . . 509

Capítulo 10. Ideas y representaciones . . . . . 523
Cuestión de lenguas . . . . . 523
El mito de las tres culturas . . . . . 534
La obra de Alfonso X . . . . . 552

Capítulo 11. El siglo de las crisis . . . . . 561
El desorden castellano . . . . . 561
El declive aragonés . . . . . 579
El dilema navarro . . . . . 595
El resurgir nazarí . . . . . 603
El predominio de los Trastámara . . . . . 612

Capítulo 12. Conflictos y estado . . . . . 629
Potencia e impotencia regias . . . . . 629
Los Reyes Católicos . . . . . 657

Apéndices
Bibliografía . . . . . 697
Cronología . . . . . 729
Cartografía . . . . . 761

Genealogías . . . . . 777
Documentos y testimonios . . . . . 797

*Índice alfabético* . . . . . 837
*Procedencia de las ilustraciones* . . . . . 873

Capítulo 1

# El fin de un imperio

## La llegada de los bárbaros

Desde los inicios del cristianismo fueron muchos los pronósticos que se hicieron sobre la fecha en que habría de suceder el fin del mundo. Uno de ellos fue el que anticipó un obispo de Chaves, en el norte de Portugal, llamado Hydacio, quien estaba convencido de que el 27 de mayo del año 482 se acabaría el tiempo concedido por Dios a los hombres. Muchos signos lo anunciaban. Un terremoto había sacudido Jerusalén, diversos eclipses habían cubierto el sol, y un cometa —que no era otro que el célebre Halley— había sido visto surcando los cielos en el año 451. Algunas noticias hablaban de sangre brotando de la tierra o de fenómenos tan inexplicables como el de unos peces atrapados en el río Miño, que llevaban misteriosas letras hebreas y griegas inscritas en el lomo. Estos y otros portentos parecían preludiar el fin de los días y fueron consignados por Hydacio en una *Crónica* que el obispo culminó en sus años de vejez.

Hydacio había nacido en torno al año 400 en la ciudad de *Lemica*, cerca de la actual Xinzo de Limia, en el norte de Portugal. Debió de morir cumplidos ya los setenta, unos diez años antes del momento en que habría de efectuarse su atrevido pronóstico. La *Crónica* que redactó es uno de los escasos testimonios que nos cuentan cómo se produjo la caída del Imperio Romano en

*Hispania*; cómo se cumplió no ya el fin *del mundo*, sino *de un mundo* identificado con unas formas de gobierno y de vida que muchos habían llegado a considerar eternas. Alguien como San Agustín (m. en 430), el célebre Padre de la Iglesia, poco sospechoso de simpatizar con el imperio y testigo de las grandes convulsiones de la época, todavía pensaba que, más que un cambio profundo, Roma estaba atravesando una crisis pasajera, y que, de la misma forma que en el pasado había soportado graves percances, aún era posible que se recuperara de nuevo.

El célebre obispo de Hipona se equivocaba. Al finalizar el siglo V el Imperio Romano había desaparecido en Hispania, Galia, Britania, Italia y norte de África, y en su lugar había surgido un conjunto de reinos gobernados por gentes nuevas de procedencia germánica. Lo ocurrido a lo largo de esa centuria fue, por lo tanto, una convulsión política de primer orden, un hundimiento del edificio imperial que nadie podía haber sospechado con antelación y que supuso la llegada de pueblos y gobernantes nuevos, que en algunos casos mostraron cierta admiración por el orden político romano tratando incluso de imitarlo, mientras que en otros optaron simple y llanamente por hacer tabla rasa de él. Fueron tiempos, pues, de continuidades y de mudanzas; de transformaciones a veces bruscas, a veces sólo de matiz, pero siempre omnipresentes. Comparado con otras épocas más estables, el período que vio el fin del imperio se caracterizó por traer con cada dígito del calendario un cambio más o menos profundo, pero que añadido a todos los que le precedían y sucedían acabó componiendo un panorama radicalmente distinto al que había configurado la Antigüedad.

Es, pues, muy difícil establecer cuándo se produce el fin de Roma y, en consecuencia, cuándo debe comenzar el relato de ese período que damos en llamar Edad Media. Situarnos en los albores del siglo V, más o menos el momento en que debió de

nacer Hydacio, es una elección tan aleatoria como cualquier otra, porque muchos de los sucesos que se precipitaron por entonces venían gestándose desde tiempo atrás, mientras que muchos de los que habrían de caracterizar el medievo ni siquiera podían ser intuidos en ese momento. En todo caso, el año 400 marca una fecha redonda, que tiene la virtud de retratar al Imperio Romano como gobernado por dos emperadores, después de que el emperador Teodosio hubiera decretado antes de morir que en la parte oriental, con capital en Constantinopla, le sucediera su hijo Arcadio, mientras que en la occidental lo hiciera su otro hijo, Honorio, quien apenas contaba con diez años de edad. No era la primera vez que se hacía una división así. Lo extenso de los territorios romanos y la complejidad de su administración habían decidido ya a anteriores emperadores a realizar repartos similares que, no obstante, mantenían la idea de un único imperio regido por dos *augustos*. La de Teodosio fue, sin embargo, la división definitiva. A partir de ese momento las dos mitades del imperio siguieron destinos muy diferentes. Mientras que la parte occidental, como ya se ha visto, apenas sobrevivió un siglo a la muerte de ese emperador, la oriental —lo que en la Edad Media será conocido como el Imperio Bizantino— todavía habría de durar más de mil años. Durante siglos aguantó las embestidas de pueblos tan diversos como los germanos, los eslavos o los árabes, hasta que en 1453 cayó conquistado por los turcos, que pronto cambiaron el nombre de su capital, Constantinopla, por el de Estambul, que todavía ostenta hoy en día.

Nada de esto hubiera sido previsible en el año 395, cuando murió el emperador Teodosio. Los pueblos que habrían de ser los principales responsables del derrumbe de la mitad occidental del imperio todavía vivían fuera de las fronteras del imperio, en lugares muy alejados, a veces sin relación entre sí y sin sospechar que años más tarde algunos de ellos acabarían por en-

contrarse en el rincón más occidental de Europa. Es muy poco probable incluso que en la *Hispania* del año 400 muchos hubieran oído hablar alguna vez de suevos, vándalos o alanos. Se trataba de gentes *bárbaras*, «extranjeros» que en el atuendo, el habla o los modos de vida eran muy distintos a los romanos, y que en ese momento habitaban más allá de la fría frontera (*limes*) del Rin, a lo largo del límite noroccidental que hoy en día separa Francia y Alemania. Nueve años después, sin embargo, estas gentes estaban realizando correrías en la península Ibérica y repartiéndose entre sí sus territorios.

Igualmente, si a comienzos del siglo V alguien hubiera pensado que los visigodos acabarían creando un reino en *Hispania*, lo más probable es que hubiera sido tomado por necio. Y ello a pesar de que, al contrario de suevos, vándalos y alanos, los godos eran ya por entonces viejos conocidos de los romanos tras haber protagonizado un hecho insólito un cuarto de siglo antes; habían traspasado en masa las fronteras del imperio que discurrían a través del curso bajo del Danubio, en donde el emperador Valente había aceptado, tras habérselo pensado mucho, que se establecieran en 376. El acuerdo preveía que, una vez instalados dentro del imperio, los visigodos sirvieran en el ejército del emperador a cambio de recibir provisiones. Pero las cosas no funcionaron tal y como se había previsto. Las provisiones no llegaron nunca y, sintiéndose traicionados, los visigodos se rebelaron. El emperador Valente decidió entonces aniquilar al pueblo al que apenas dos años antes había permitido traspasar sus fronteras. Sin embargo, en 378, en la batalla de Adrianópolis (actual Edirne, en la parte europea de Turquía), unos 10 o 15.000 soldados del ejército romano, con su emperador a la cabeza, «desaparecieron como sombras», una pérdida que ha hecho pensar a muchos que Adrianópolis marca el comienzo del fin del Imperio Romano.

Victoriosos dentro de las fronteras de un imperio que no les reconocía, los visigodos deambularon por los Balcanes sin encontrar resistencia y saqueando todo cuanto encontraban a su paso, hasta que por fin el emperador Teodosio les convenció para que establecieran con él un nuevo pacto en 382. En virtud de ese acuerdo, los visigodos aceptaron recibir tierras a cambio de proporcionar soldados para los ejércitos imperiales. Sin embargo, la situación era ambigua. Los germanos habían quedado dentro del imperio, pero a todos los efectos eran «extranjeros» sometidos a sus propios jefes; en cambio, el pacto les obligaba a servir en las campañas militares del emperador. En la tensa situación política que por entonces se vivía en Roma tales campañas solían estar dirigidas contra los enemigos políticos de Teodosio, usurpadores como, por ejemplo, un tal Máximo, quien en 382 había decidido proclamarse emperador y que acabó siendo derrotado con ayuda precisamente de las fuerzas visigodas. La participación en estas guerras, en las que las tropas visigodas sufrían pavorosas pérdidas pero en las que en el fondo no les iba gran cosa, convenció a algunos jefes de que si quería contar con ellos el Imperio Romano debería ofrecerles algo más que unas tierras en los Balcanes, grandes banquetes para sus caudillos y el agradecimiento por los servicios prestados.

Ésta fue la ambición que movió al más destacado de todos los caudillos visigodos, Alarico I (395-410), quien fue capaz tanto de hacerse con un mando incontestado entre su gente, como de convencerles de que les aguardaban tiempos mejores si abandonaban las tierras que les habían sido adjudicadas en el tratado de 382. El momento era propicio. Tras la división del imperio producida a la muerte de Teodosio, los visigodos se habían quedado en la divisoria entre la parte oriental y la occidental, y podían aprovechar esta circunstancia para negociar con ambas mitades del imperio tratando de obtener las mayores ventajas

posibles. En los primeros años del siglo V se hizo cada vez más evidente que el territorio occidental, donde gobernaba el adolescente emperador Honorio, era el que presentaba una mayor debilidad o, lo que es lo mismo, una mayor disposición a ofrecer mejores contrapartidas a estos inquilinos del imperio. Naturalmente, fue allí hacia donde Alarico decidió llevar a su gente.

El audaz movimiento de los visigodos por el interior de los territorios imperiales coincidió con una gigantesca crisis militar en la frontera del Rin. En el último día del año 406 los pueblos situados más allá de este río, entre los cuales se encontraban los suevos, vándalos y alanos, atravesaron su cauce helado forzando así la frontera que había estado diseñada para contenerles. El acontecimiento provocó una honda conmoción. Desde el otro extremo del mundo, San Jerónimo (m. en 419), que por entonces vivía en Belén, se refería a este suceso en una angustiada carta en la que comentaba la muerte de miles de hombres, y la toma de ciudades como Maguncia, Worms o Reims, entre otras. «¿Quién iba a imaginarse lo que está ocurriendo ahora?», se preguntaba.

Nadie se había imaginado tampoco que en ese momento Alarico comenzaría también una lenta marcha desde los Balcanes hacia Italia con la esperanza de que el emperador Honorio y la aristocracia senatorial romana le concedieran a él la máxima autoridad militar, y a los suyos estipendios en oro, grano en abundancia y un asentamiento territorial definitivo. Con estas demandas el caudillo visigodo se plantó frente a la ciudad de Roma en el verano del 410, después de haber realizado una larga marcha desde los Balcanes. Aunque el emperador Honorio hacía tiempo que residía en Ravenna, una ciudad de la costa italiana del Adriático rodeada de pantanos que la ponían fuera del alcance de cualquier ejército, Roma seguía conservando un enorme prestigio y riquezas incalculables. Ante la negativa de Hono-

rio a satisfacer sus demandas o incluso a avenirse siquiera a negociar, Alarico amenazó con entrar en la ciudad a sangre y fuego. No se le hizo demasiado caso, tal vez en la confianza de que las murallas de la ciudad acabarían frustrando sus bravuconadas. Pero el 24 de agosto alguien probablemente traicionó a los sitiados, los visigodos entraron en la capital imperial y Roma fue sometida a un saqueo que duró varios días. Los asaltantes se retiraron cargados de botín y con una prisionera de alto rango: nada menos que la propia hermana del emperador, la princesa Gala Placidia. Alarico, sin embargo, no vivió mucho tiempo para disfrutar ni del botín, ni de su presa; murió en otoño, para algunos una justa venganza del destino por haber profanado la Ciudad Eterna. El saqueo de la antigua y venerable metrópoli del imperio había causado una gran conmoción. No faltaron voces que lo achacaron a la reciente conversión del imperio al cristianismo. Los antiguos dioses paganos, cuyo culto había garantizado a Roma su portentosa expansión, la habían abandonado ahora a su suerte. Autores cristianos como San Agustín o su discípulo Paulo Orosio no tardaron en contraatacar: *La ciudad de Dios*, escrita por el primero, y la *Historia contra los paganos*, por el segundo, recogían amplios catálogos de calamidades históricas para demostrar que antes de la aparición del cristianismo los hombres ya habían tenido que soportar todo tipo de catástrofes.

Tal argumento, sin embargo, podía servir de poco consuelo para quienes tenían que enfrentarse a las nuevas situaciones. Mientras estos sucesos ocurrían en Italia, en 409 los suevos, vándalos y alanos, que apenas tres años antes habían traspasado el Rin, hicieron lo propio con los pasos pirenaicos occidentales entrando así en «las *Hispanias*». Al decir de Hydacio, los saqueos, la peste, el pillaje y el hambre se extendieron hasta el punto de que las madres se comían a sus propios hijos. Tal vez

el apocalíptico obispo exagerase, pero hay pocas dudas de que la administración imperial quedó colapsada en algunas zonas. Poco antes de la llegada de los bárbaros, la Galia e Hispania habían sido escenario de la enésima usurpación imperial del período —la de un militar llamado Constantino que se había establecido en el sur de Francia, en Arlés, desde donde intentó extender su dominio hacia Italia—. Su general, Geroncio, fue enviado a Hispania con la misión de ganar para su causa a los partidarios del legítimo emperador Honorio. El general consiguió su objetivo, pero poco después se sublevó contra el sublevado e intentó imponer a su propio emperador. Existen sospechas muy fundadas de que fue Geroncio quien facilitó el paso de los bárbaros a Hispania a través de los pasos pirenaicos occidentales, posiblemente con la idea de que estas gentes podrían ser útiles aliados. No ocurrió así. En verano del 411, Constantino fue derrotado y poco después asesinado por un ejército leal al emperador Honorio, mientras que Geroncio, abandonado por todos, se suicidó a lo grande matando antes a su esposa.

Tras la desaparición de estos efímeros rebeldes, los vándalos, suevos y alanos se encontraron en Hispania, sin estar sometidos a más autoridad que la de sus propios caudillos. Decidieron entonces dividirse el país. Es muy posible que lo hicieran a suertes, quién sabe si tal vez con un dado rodando ante la mirada expectante de los jefes bárbaros. No hay forma, claro está, de saber si esto realmente ocurrió así, pero si no fue el azar, sólo un monumental error de cálculo pudo ser la causa de que se realizara un reparto tan disparatado como el que suevos, vándalos y alanos acordaron hacer de Hispania en el año 411. Los alanos, que con toda seguridad sólo contaban con efectivos muy limitados, se encontraron dueños de dos inmensas provincias: la Lusitania y la Cartaginense; una fracción de los vándalos, los llamados silingos, quedó en posesión de la Bética, sin duda la

provincia más rica, mientras que los suevos, cuyos contingentes eran los más numerosos, se encontraron dueños de los territorios más occidentales de *Gallaecia*, donde se encontraban ciudades como Lugo, Braga o Chaves, mientras que la otra fracción de los vándalos, los denominados asdingos, recibía la parte interior de esa misma provincia. Sólo la provincia Tarraconense no se vio afectada por esta división, pues continuaba estando firmemente en manos del gobierno imperial.

Pese a lo poco realista del reparto, el hecho de que se realizara ponía de relieve que los bárbaros podían llegar a dividirse una provincia tan importante como Hispania totalmente de espaldas a la administración imperial. A la altura del año 411 esto era más de lo que el gobierno de Ravenna podía consentir. El problema radicaba en cómo evitarlo, ya que no parece que existieran efectivos militares suficientes para librar a la provincia de los *bárbaros*. Y es que, si hay algo que caracteriza este período es no sólo la llegada de invasores germánicos, sino también la desaparición, al menos en Occidente, de los grandes ejércitos compuestos por aguerridas legiones. Simplemente, parecen haberse evaporado. En las provincias hispanas, por ejemplo, no parece haber existido en ese momento ninguna fuerza militar capaz de enfrentarse a esos bárbaros que se las habían repartido como si de un botín se tratara. Las defensas locales podían ser eficaces para resistir aquí o allá, pero no había un ejército romano digno de tal nombre que pudiera asegurar de manera permanente el mantenimiento de la administración imperial en toda Hispania y, sobre todo, que pudiera combatir eficazmente a las bandas de guerreros bárbaros que infestaban el territorio. Incluso en una región todavía sometida al poder imperial como era la Tarraconense, hacer un viaje entre Tarragona y Lérida podía ser una experiencia azarosa, como bien describe una carta de San Agustín en la que habla de un viajero que, cargado con códi-

ces, se vio asaltado y robado por una partida de bárbaros. Tras hacerse con el cargamento, los germanos se acercaron a la propia ciudad de Lérida con la idea de tratar de vender allí los códices latinos que habían robado. Algo brutos e ignorantes, los bandoleros no se habían dado cuenta de que el botín del que se habían apoderado consistía en tratados heréticos, que pronto atrajeron la atención del obispo de la ciudad y que, desde luego, debió de resultarles imposible vender. Si esto ocurría en la Tarraconense, donde mal que bien la administración imperial seguía funcionando, es fácil imaginar lo que ocurriría en otras zonas. El problema consistía en que no parece haber habido suficientes recursos militares para poner remedio a esta difícil situación.

En cambio, el gobierno del emperador Honorio sí que tenía a mano un pueblo con un gran número de hombres en armas y que seguía reclamando una solución para su insostenible situación dentro del imperio. Después del saqueo de Roma y la muerte de Alarico, los visigodos habían otorgado el mando a un cuñado suyo llamado Ataúlfo. Este hombre no parece haber tenido una idea muy clara de qué se podía hacer más allá de vagar por Italia sin tener un rumbo fijo. La idea de cruzar hacia el norte de África —de donde procedían los cargamentos de grano que aprovisionaban a la ciudad de Roma— había sido considerada, pero fue rápidamente abandonada porque la falta de barcos hacía imposible la travesía. Mientras tanto, el saqueo podía ser una opción para ir tirando, pero no era una forma estable de mantener a todo un pueblo.

Las necesidades de unos y otros fueron acercando paulatinamente a romanos y visigodos. Estos últimos, quizá sin darse del todo cuenta, volvieron a convertirse en peones de la compleja política imperial. Un nuevo usurpador, Jovino, alzado en las Galias contra el emperador Honorio y necesitado de un ejército

para cumplir sus designios políticos, convenció a Ataúlfo de que a su lado quizá podría obtener pacíficamente lo que hasta entonces sólo había conseguido a la fuerza. Confiado en las promesas recibidas, el caudillo visigodo llevó a los suyos hacia las Galias en 412, pero allí surgieron diferencias con el usurpador y Ataúlfo se encontró poco después luchando junto a las fuerzas imperiales y contribuyendo a acabar con la usurpación que él mismo había alentado. Las promesas que el gobierno de Honorio había hecho para atraérselo a su lado eran las mismas que las recibidas de Jovino, pero igualmente distaron mucho de cumplirse. Los visigodos se encontraron así en el sur de la Galia sin que el problema de su asentamiento hubiese sido resuelto.

Ataúlfo tomó entonces dos decisiones muy osadas. En lugar de ser una pieza más dentro de un tablero que no siempre comprendía, se aprestó a jugar su propia partida, proclamando como emperador a un aristócrata galo llamado Atalo, plenamente sometido a sus deseos. La segunda decisión consistió en casarse con Gala Placidia, la hermana del emperador e hija del añorado Teodosio, la cual durante cuatro años había seguido siendo su rehén desde su captura en el saqueo de Roma. La boda se celebró en Narbona por todo lo alto en el año 414. Entre sirvientes cubiertos con sedas y cantos nupciales romanos entonados por el emperador Atalo, los contrayentes aparecieron vestidos con telas regias, ella, y con vestiduras militares romanas, él. Hubo quien pensó que Ataúlfo se había convencido de que era imposible crear un imperio de los godos, debido a la barbarie y falta de acatamiento de éstos a las leyes, y que por eso se había decidido a realizar la restauración de Roma. Conforme a estos propósitos, el hijo que nació de esta unión recibió el nombre de Teodosio, el mismo que había llevado su abuelo materno. Con su habitual visión ceniza de las cosas de este mundo, Hydacio interpretaba esta unión como el cumplimiento de una profecía

bíblica según la cual el rey del Norte se casaría con la hija del rey del Sur, pero su progenie no sobreviviría (Daniel, XI, VI).

El niño Teodosio murió, en efecto, poco después de nacer. Sus padres quedaron devastados y ordenaron enterrarle en Barcelona en un ataúd de plata. Poco después, el propio Ataúlfo también pereció asesinado en esa ciudad en el año 415, según algunos a manos de un súbdito harto de que se mofara de lo bajito que era. Posiblemente, las razones del magnicidio fueron más serias y debidas a la existencia de profundas divisiones internas. Un tal Sigerico, miembro de una familia rival, se hizo con el poder. Su gobierno de apenas una semana le valió un lugar en la entrañable lista de los reyes godos, pero lo cierto es que la situación había desembocado en un punto muerto. Ni la vía ensayada por Ataúlfo de restaurar un Imperio Romano a su medida, ni la reacción protagonizada por Sigerico, que había cavado su propia tumba al ordenar asesinar a miembros de la familia de su predecesor y, sobre todo, al humillar a la viuda Gala Placidia obligándola a caminar delante de su caballo, eran ya alternativas viables. La larga peripecia de los visigodos desde Adrianópolis parecía haber llegado a un callejón sin salida.

La única posibilidad realista que quedaba era el acercamiento con el gobierno imperial de Ravenna. El nuevo caudillo godo, Valia, rápidamente lo comprendió así y pronto alcanzó un acuerdo con la administración imperial. El acuerdo preveía dos cosas. La primera devolver a Gala Placidia a su hermano, el emperador Honorio, después de varios años pasados compartiendo las penalidades visigodas; la segunda era la realización de campañas en *Hispania* para someter a los suevos, vándalos y alanos, que llevaban también años campando a sus anchas por el país. A cambio, los visigodos recibieron provisiones y poco después, en 418, se les concedió asentarse en la Aquitania gala, desde Tolosa (Toulouse) hasta el océano. El artífice de este

acuerdo, un jefe militar romano llamado Flavio Constancio, que se había convertido en el personaje más poderoso del imperio, pudo reclamar también, sin que nadie se atreviera a negársela, la mano de la ex cautiva Gala Placidia. Antes de morir, en otoño del año 421, Constancio tuvo con ella dos hijos, uno de los cuales, Valentiniano, estaba llamado a suceder a su tío Honorio, muerto poco tiempo después (423) sin haber tenido descendencia.

Los visigodos, por lo que a ellos respecta, cumplieron fielmente con su parte de lo acordado y comenzaron a emprender una serie de expediciones realizadas en nombre de Roma y destinadas a limpiar de bárbaros la península Ibérica. Fueron muy efectivas en acabar con los alanos y parte de los vándalos. Convertidos en un ejército sometido a las órdenes del imperio, tras haber cumplido sus campañas los visigodos regresaron disciplinadamente a sus nuevas tierras en Aquitania. Valia murió en ese mismo año de 418, pero el proceso que había puesto en marcha era ya irreversible. Su sucesor en el trono, Teodorico (418-451), puso las bases de lo que pronto habría de convertirse en el *regnum* visigodo. Un autor eclesiástico, Salviano, establecido en el sur de Francia, alababa durante esos años el gobierno visigodo, cuyas virtudes en cuanto a justicia y humanidad contrastaban con la opresión y la explotación que se vivían bajo el dominio imperial.

Gracias al éxito de las campañas visigodas, la mayor parte de *Hispania* volvió momentáneamente a manos de la administración imperial, representada por la aristocracia romana local. Éste era el caso de un tal Asterio, «conde de las Hispanias» (*comes Hispaniarum*), que residía en Tarragona y pertenecía a la poderosa clase senatorial de esta región. Este hombre guerreó contra los vándalos de la región de *Gallaecia*, los cuales, por alguna razón, habían entrado en guerra con sus vecinos suevos. La expedición tuvo cierto éxito, pero provocó que esos vándalos se

dirigieran hacia la Bética en torno al año 420. Contra ellos se dirigió entonces un nuevo ejército romano enviado desde Ravenna a cuyo frente se encontraba Castino, el general en jefe (*magister militum*) del ejército imperial. El objetivo era aplastar de una vez por todas a estos vándalos, establecidos en una de las provincias más ricas del imperio. Pese a algunos éxitos iniciales, Castino sufrió una completa derrota a manos del caudillo vándalo Gunterico. El ejército romano quedó desbaratado y su humillado general a duras penas pudo volver a Tarragona. Hubo quien achacó el desastre a la deserción de los aliados godos en medio de la batalla. En ello se ha querido ver la larga mano de Gala Placidia, enemiga acérrima de Castino, y que todavía tendría suficientes influencias entre las gentes con las que había convivido seis años como para obtener de ellas que le ayudaran a desembarazarse de un rival político al que odiaba con todas sus fuerzas. Poco después el derrotado general intentó infructuosamente, a la muerte del emperador Honorio (423), impedir que Valentiniano III, el hijo de Gala Placidia, se convirtiera en su sucesor.

El desastre sufrido por Castino dejó a los vándalos libres de cualquier oposición en Hispania. No desaprovecharon el tiempo. Durante siete años se dedicaron a vivir sobre el terreno, saqueando ciudades tan importantes como Sevilla o Cartagena. La toma de esta ciudad posiblemente les permitió hacerse con una flota que pronto emplearon para hacer incursiones navales en las islas Baleares. Estas expediciones marítimas hicieron concebir en Gunterico y en su hermano y sucesor, Genserico, la idea de pasar al norte de África. También los visigodos habían abrigado en algunos momentos planes similares. El atractivo de esta región residía en el hecho de que era un próspero territorio agrícola, cuyo grano servía para aprovisionar Italia y que apenas había sufrido las convulsiones del período. En 429 Genserico tomó la dramática decisión de abandonar para siempre *Hispa-*

*nia* y de llevar a toda su gente hacia esa nueva tierra. Lo más probable es que lo hiciera a través del estrecho de Gibraltar. Una vez al otro lado del mar, los vándalos iniciaron una larga marcha terrestre que les llevó hasta las provincias de África Proconsular y Byzacena (aproximadamente el actual Túnez). En el año 430 estaban ya sitiando Hipona. En el curso de este asedio murió su obispo, San Agustín, tal vez pensando cuán equivocado había estado al escribir que la crisis que le había tocado vivir era sólo pasajera. Poco después los vándalos ocuparon todo el resto de la provincia y en especial su gran capital, la opulenta y antigua Cartago. Convertidos en el único pueblo germánico con un dominio naval, pudieron lanzar desde sus nuevos dominios diversas expediciones marítimas. Una de ellas se dirigió de nuevo contra Roma, que sufrió en la primavera del año 455 un nuevo saqueo mucho más sistemático y devastador de lo que había sido el anterior.

La partida de los vándalos dejó a los suevos como el único pueblo germánico asentado en *Hispania*. Establecidos en Braga, Astorga y Lugo, su principal ocupación durante estos años parece haber sido el pillaje. Como obispo de Chaves en esta época, Hydacio tuvo que tratar con ellos en muchas ocasiones. Los odiaba con todas sus fuerzas. En su *Chronica* los describe como «falaces y pérfidos», «depredadores» y saqueadores de lugares no sólo en *Gallaecia*, sino también en lugares más alejados como la Lusitania, la Cartaginense o la Bética. Pero no llegaron nunca a ocupar efectivamente estas regiones. A lo largo de estos años ciudades como Coimbra, Sevilla o Mértola sufrieron sus ataques y destrucciones; sin embargo, los suevos no eran capaces de poner en pie un «reino» tan extenso. La mayor parte de Hispania se encontraba por entonces, bien bajo una cada vez más tenue administración imperial, bien bajo dominios locales que aquí y allá intentaban mantener el orden con más o menos éxito. A media-

dos del siglo V sólo los visigodos en Tolosa parecen haber tenido los suficientes recursos para restablecer la seguridad en toda la provincia. Un nuevo cambio en su azarosa peripecia iba a darles esa inesperada oportunidad.

## Pueblos en movimiento

Los historiadores a veces utilizamos palabras que aparentemente tienen un significado muy claro, pero que en realidad son bastante confusas. Una de tales palabras es «godos», otras pueden ser «vándalos», «suevos» o, incluso, «germanos». Todas ellas han aparecido en las páginas anteriores para designar a una parte de los protagonistas de los sucesos de este período. A primera vista, no plantean muchos problemas. Los «godos», por ejemplo, se suele afirmar que eran un «pueblo germánico» que procedía originariamente de Escandinavia. Cruzaron el Báltico, se establecieron en la costa polaca y fueron emigrando hacia el sureste a través del río Vístula, protagonizando algo parecido a un vertiginoso eslalon de miles de kilómetros que les llevó hasta el noroeste del mar Negro, lugar en el que se encontraban a comienzos del siglo III d. C. y desde donde se dirigieron hacia la frontera del Danubio que uno de sus grupos franqueó en el año 376, tal y como veíamos anteriormente. De los «vándalos» se podría decir algo similar: germanos originarios del norte de Jutlandia —la actual Dinamarca—, habrían ido emigrando hacia el sur hasta encontrarse en el año 406 en la orilla del Rin, dispuestos a abalanzarse sobre territorio romano.

La realidad es, sin embargo, que las cosas distan mucho de estar tan claras. La idea de que los godos procedían de Escandi-

navia proviene de un autor llamado Jordanes, que escribía a mediados del siglo VI —esto es, más de trescientos años después de que los godos franquearan la frontera romana— en la capital del Imperio Bizantino, Constantinopla. Jordanes vivía en un momento en el que ya se sabía cuál había sido el final de las peripecias godas y por eso no es extraño que su obra esté trufada de leyendas más propias de una recreación mítica del pasado que de un relato histórico riguroso. Por su parte, la procedencia de los vándalos desde Jutlandia se basa en algunos nombres de lugar existentes en esa región en los cuales algunos filólogos han querido ver la huella de este pueblo y la prueba de que su lugar originario estuvo allí.

La búsqueda de los orígenes de estos pueblos ha tenido muchas veces, además, una lectura política. La existencia de una gran «nación germánica» enfrentada al Imperio Romano fue ampliamente exaltada por el nacionalismo alemán del siglo pasado, que gustaba de conmemorar con monumentos las victorias de los antiguos caudillos frente a las legiones romanas. Desde esta visión, las invasiones eran interpretadas como un gran movimiento regenerador que había acabado con un imperio moribundo, decadente y corrupto, sacrificado para dejar paso a un nuevo ideal europeo modelado sobre las regeneradas, juveniles y saludables bases germánicas. Establecer una relación genética entre las naciones actuales y esos antiguos pueblos, presentando a éstos como los ancestros de aquéllas, fue un paso que se vio apoyado por una percepción *etnicista* del pasado en la que los pueblos germánicos se presentaban como procedentes de un antiquísimo tronco común, dividido en múltiples ramas. El régimen nazi, sin ir más lejos, no dejó de aprovechar tales confusiones para legitimar sus pretensiones territoriales sobre Polonia o justificar su expansión militar hacia Rusia, lugares donde los antiguos germanos habían dejado su antigua

huella. La asimilación entre «pueblo» y «etnia», la búsqueda de unos orígenes históricos que se perdían en la noche de los tiempos y, sobre todo, la idea de que a lo largo de los siglos se había mantenido una esencia nacional incontaminada fueron algunas de las armas de las que se sirvió la ideología nacionalista germánica para justificar sus reivindicaciones.

Afortunadamente, pueblos históricamente «puros», que como un solo hombre hayan mantenido intacta su identidad y el recuerdo de unos lejanos orígenes comunes, sólo han existido en la imaginación de los historiadores y en los programas políticos nacionalistas. Hoy por hoy parece cada vez más claro que «visigodos», «suevos» o «vándalos» no eran masas compactas y étnicamente homogéneas, sino agrupaciones de gentes que se aglutinaban en torno a un conjunto de clanes dirigentes que ostentaban un fuerte poder social y militar. Estos clanes, relativamente poco numerosos, eran los que mantenían el núcleo de la tradición, los elementos aglutinantes que daban forma a la identidad genérica de las gentes que estaban bajo su dominio. Naturalmente, esos clanes no eran siempre los mismos; podían aliarse entre sí, desaparecer o verse sustituidos por otros, lo que conllevaba que los rasgos de la identidad pudieran cambiar más o menos sustancialmente. Por eso, estos «pueblos» mutaban muchas veces su nombre. Antes de entrar en las fronteras del imperio, por ejemplo, muchos componentes de lo que más tarde serían los visigodos eran denominados *tervingios*. De hecho, el de los «visigodos» fue un pueblo que se conformó a lo largo del siglo V, dentro, pues, de las fronteras del imperio; sin duda, su grupo más importante y, desde luego, su clase dirigente, estaba formado por esos *tervingios* que habían cruzado el Danubio, pero a ellos se les habían añadido algunas gentes de un grupo muy próximo conocido como los *greutingos*. Dentro de ellos fue surgiendo un linaje dominante, el de los Balthos, que consiguió que

a estos grupos originarios se les unieran otros que habían penetrado en Italia por los Alpes en la época en que Alarico estaba conduciendo a su gente desde los Balcanes hasta Roma. Ser un «visigodo» no era, por lo tanto, algo que se llevara en la sangre: era más bien una forma de integración social. Bastaba con acatar el caudillaje de esos jefes y pasar a engrosar las tropas que dirigían, para convertirse en miembro de ese pueblo sin que a nadie le importara demasiado el origen étnico de cada cual. Sus integrantes, por consiguiente, podían tener procedencias muy diversas —no es incluso improbable que muchos pudieran ser de origen romano— y su número podía fluctuar mucho, llegando incluso a desaparecer; todo dependía de cuántos estuvieran dispuestos a seguir al jefe de turno o a abandonar sus filas.

De esta forma, los «visigodos» que entraron en Hispania no eran todos necesariamente los lejanos descendientes de antiguos moradores de la gélida Escandinavia, sino los miembros de un «pueblo» que se había ido conformando en torno al linaje de los Balthos, del cual procedieron la mayor parte de los caudillos que tuvieron que tratar con los últimos emperadores romanos. Los historiadores denominan a este proceso «etnogénesis». Permite comprender por qué existían visigodos y ostrogodos, vándalos asdingos y silingos, o alanos procedentes de Asia Central y perdidos en las tierras de la Lusitania. No se trataba de pueblos cuyos orígenes se perdieran en la noche de los tiempos, sino de confederaciones agrupadas en torno a jefes guerreros, que se fueron consolidando a medida que sus éxitos contra el poder de Roma acrecentaban su prestigio. Tales agrupaciones eran relativamente numerosas. Hay pocas dudas de que los bárbaros que entraron en el imperio eran pueblos enteros en movimiento, seguidores leales de un caudillo, y que llevaban consigo a sus familias. Las estimaciones cifran en 100.000 el número máximo de visigodos que acabaron asentándose en la Galia. Los vándalos no sobrepa-

sarían nunca los 80.000, mientras que los suevos rondarían entre los 20 o 25.000 según los cálculos más fiables. Un quinto o a lo sumo un cuarto del total de toda esta gente lo compondría hombres capaces de empuñar las armas.

Los traslados de estos pueblos dentro de las fronteras del imperio debieron de ser espectáculos dignos de ser vistos. Hombres a caballo, gentes marchando a pie e innumerables carros componían columnas que se extenderían a lo largo de kilómetros enteros. La manutención diaria de tales muchedumbres, sin embargo, debió de ser una tarea agotadora, que ni siquiera el saqueo podía solucionar de forma satisfactoria. Por eso lo que más temía un caudillo bárbaro era verse sometido a un bloqueo. Tener a un pueblo entero en un territorio sin posibilidad alguna de moverse de allí, equivalía a condenar a muchas de sus gentes a una muerte segura: al cabo de un tiempo, los recursos de la región estaban completamente esquilmados y la manutención cotidiana de miles de personas se convertía en una labor agobiante. Por eso no fue raro que en este confuso y turbulento período, los invasores fueran a veces igual de víctimas que los propios invadidos. Una de las razones que llevó a los visigodos a aceptar el pacto del año 418 que les convertía de nuevo en soldados al servicio del imperio fue el bloqueo decretado por el gobierno de Ravenna, que boicoteaba su aprovisionamiento en el sur de la Galia y que Flavio Constancio manejó eficazmente para conseguir que sus interlocutores se avinieran a negociar con él. Penalidades como ésta, o las agotadoras e interminables marchas a través de regiones hostiles, debieron de acrecentar tanto la cohesión interna de estos pueblos como su oposición hacia todo cuanto representaba la administración del imperio. Desde que los visigodos traspasaron el Danubio en 376 hasta su establecimiento en Aquitania en 418 transcurrieron más de cuarenta años en los que este pueblo estuvo vagando de un lado para otro. Nunca co-

noceremos las experiencias de quienes nacieron, vivieron y murieron en este largo período, pero es difícil creer que esas gentes llegaran a albergar fuertes simpatías por un emperador y un gobierno responsables de tal situación. Lo mismo cabe pensar de los indígenas afectados por la llegada de los bárbaros, que debieron de sentirse abandonados a su suerte por una administración imperial incapaz de manejar eficazmente el «problema bárbaro» y que sufrían en sus propias carnes sus consecuencias. En Italia, por ejemplo, algunas regiones consiguieron verse eximidas de ciertos impuestos tras haber padecido la presencia de los visigodos, señal de que tal presencia provocaba una considerable ruina.

¿Por qué todos estos pueblos decidieron traspasar los límites del imperio? Generaciones enteras de historiadores han intentado contestar a esta pregunta que —como suele ser frecuente con las grandes cuestiones históricas— es muy posible que no tenga una respuesta única. Una razón radica en los cambios internos que se vivieron dentro de las propias sociedades germánicas. En su seno, el antiguo igualitarismo tribal, que poco antes del comienzo de nuestra era había sido descrito por un buen conocedor y combatiente de estos pueblos como era Julio César, había dejado paso a una creciente diferenciación social basada en la posesión de bienes y de comitivas armadas por parte de algunos jefes. En buena medida, la propia Roma fue responsable de estas transformaciones. El *limes*, la frontera con Germania, fue no sólo escenario de conflictos bélicos, sino también de contactos pacíficos que produjeron cambios muy profundos en las sociedades tribales germánicas. Riquezas y objetos de todo tipo llegaron hasta las tribus, y con ellos el ansia por poseerlos. Las jefaturas tribales se hicieron más fuertes a medida que acaparaban estas riquezas y eran también capaces de redistribuirlas entre sus seguidores. Además, los propios romanos estaban

siempre más interesados en tratar con caudillos, a quienes siempre se podía ganar más fácilmente, que con asambleas tribales enteras, de manejo siempre más complejo. De esta forma, el cambio social fue haciéndose cada vez más patente. Surgieron así caudillos rodeados de sus propios séquitos militares articulando una sociedad no ya sólo jerarquizada, sino también muy expansiva. Un jefe deseoso de afianzar su autoridad sobre sus seguidores y conseguir que otros también se le unieran debía mostrarse capaz de conducir victoriosamente a sus gentes contra objetivos que reportaran grandes beneficios. Era sólo una cuestión de tiempo que esos objetivos se fijaran más allá de las fronteras imperiales.

Existió también otra razón más circunstancial que, sin embargo, complementa a ésta y que tradicionalmente se ha esgrimido para explicar los grandes movimientos de pueblos iniciados en el último cuarto del siglo IV: la gran expansión de los hunos. El origen de este pueblo ha sido siempre controvertido. Se les ha supuesto procedentes del norte, con unas raíces finesas que explicarían que un autor romano, Amiano Marcelino, señalara que venían del «océano rodeado de hielo», pero también se les ha considerado oriundos de las estepas del Asia Central y pertenecientes al tronco de los pueblos turcos y magiares que a lo largo de la Edad Media protagonizarían expansiones en el Próximo Oriente y en Europa Central. Sea como fuere, en torno al año 375 estos hunos se encontraban al norte del mar Negro, aunque nadie sabe muy bien ni cómo ni por qué habían llegado hasta allí. El hecho, sin embargo, tuvo trascendentales consecuencias. Un autor cristiano contemporáneo, San Ambrosio, obispo de Milán, pese a vivir muy alejado del escenario de estos hechos, los relataba con pavor: «¡Cuántas guerras y qué de clamores guerreros soportamos constantemente! Los hunos se levantan contra los alanos, éstos contra los godos, los godos

contra los taifales y los sármatas...». Esta angustiada percepción de que un efecto dominó estaba teniendo lugar más allá de las fronteras del imperio ha sido siempre invocada como prueba de que la irrupción de los hunos había puesto en marcha movimientos de pueblos que iban cayendo unos sobre otros. Los godos que cruzaron la frontera del Danubio en el año 376 y acabaron pactando con el emperador Valente estaban huyendo, pues, de la presión de estos hunos sobre sus tierras, y aunque no todos decidieron tomar tan dramática decisión, su número fue lo bastante grande como para convertirse en ese pueblo errante cuyas peripecias hemos visto ya en las páginas anteriores.

El papel de los hunos en la historia, sin embargo, no había acabado aún. Durante la primera década del siglo V protagonizaron otro brusco desplazamiento que les llevó hasta los territorios de la actual Hungría. Este movimiento también se produjo fuera de las fronteras del imperio, pero ha sido interpretado como la causa de nuevas caídas de fichas: el ya mencionado paso del Rin por parte de suevos, vándalos y alanos en el año 406. Además, la presencia huna en tierras húngaras permitió no sólo que otros pueblos se les sometieran, sino también afianzar una rudimentaria maquinaria administrativa que impuso tributos sobre los pueblos sojuzgados. Entre esos pueblos se encontraban, por ejemplo, godos que no habían tomado parte en el cruce de las fronteras del imperio, los cuales comenzaron a ser reclutados como soldados del reino huno. De esta forma, y mientras que el Imperio Romano agonizaba, un extraño reino surgía fuera de sus fronteras allí donde hasta entonces sólo había predominado el puro y simple saqueo. Los temidos nómadas guerreros pusieron así en pie algo remotamente parecido a un «estado», que tuvo en el célebre Atila (*c.* 433-453) su rey más lúcido. Con un potente ejército a su servicio, Atila supo darse cuenta de la oportunidad que le brindaba ser una temible presencia situada

en la vecindad de las dos partes en las que había quedado dividido el Imperio Romano. El emperador de Constantinopla se vio forzado a pagar astronómicos tributos con el fin de evitar sus terribles depredaciones en los Balcanes, mientras que en Occidente las tropas hunas también se convirtieron en aliados ocasionales de las distintas facciones que pugnaban por el poder en la corte de Ravenna.

En el año 450, sin embargo, las cosas cambiaron. Atila dejó de dirigir sus exigencias contra la mitad oriental y decidió encaminar su caballo hacia las Galias, una decisión extraña y que jamás ha podido ser bien explicada. Su amenaza tuvo la virtud de unir frente al enemigo común a la administración imperial de Ravenna y al rey visigodo, Teodorico I, que durante los años en que los hunos se habían convertido en aliados del imperio había mantenido continuos enfrentamientos con éste. La dramática batalla de los Campos Cataláunicos (Châlons-sur-Marne) en el año 451, que supuso la derrota de Atila, mientras que Teodorico resultaba muerto en el fragor del combate, ha sido muchas veces retratada como la salvación *in extremis* de lo que aún quedaba de la civilización romana, pero tal vez su importancia haya sido exagerada. Al año siguiente Atila volvió a probar fortuna atacando esta vez Italia. Los cronistas cristianos gustan narrar el episodio de la embajada encabezada por el papa León I, quien habría convencido al rey huno para que volviera sobre sus pasos en lugar de seguir avanzando hacia el sur. Es posible, sin embargo, que el hambre y las epidemias que asolaban sus tropas también pesaran en la decisión de Atila de retirarse. En todo caso, el rey de los hunos murió poco después, en 453, dejando tras sí un buen número de hijos que se mostraron más interesados en matarse entre ellos que en proseguir la política expansiva de su padre. El reino de los hunos se desvaneció así con la misma rapidez con la que se había formado.